

hombre que le enseñó un papel en que se hallaban escritas estas líneas:

Autorización concedida al baron de Altomar de imponer al conde de Amalbi la degradación de ser marcado con un hierro ardiendo.

Firmado.—GASTON DE ORLEANS.

sadme el haber cedido el cuidado de ello al verdugo; y ahora quedad en libertad é infame.

Y soltándole libre en el campo, como á una bestia feroz, le volvió la espalda.

—Monseñor, y señores, concluyó el orador, yo soy el conde Felipe de Amalbi; y Guillermo Devoile, el baron de Altomar, el Olmedista, Dura-Testa, es el hombre que yo



Mazarino presentando á Colbert.—Todo se lo debo á V. M., pero todo se lo pago al darle mi sucesor.

Era una firma en blanco llenada por el miserable y contrádosela el día de su derrota contra el rival á quien quería infamar.

—Vuestro programa estaba bien concebido, le dijo éste último, para no haberse ejecutado hasta lo último. Dispen-

SEGUNDA SERIE.—1856.

he hecho marcar con una flor de lis, sobre la espalda! ¡Yo le desafío á que me desmienta! Ved aquí lo que yo tenía que haceros saber. Ahora, elegid si quereis por vuestro rey á este miserable.

De todas las peripecias del drama de la Fronda, esta

AÑO XIV. 32.

fué la mas fulminante, la mas completa, la mas decisiva. La asamblea entera se levantó como un solo hombre, con un grito de espanto y de horror.

En vano Dura-Testa y sus cómplices, arrancados de un estupor por aquel *tolle* general, se esforzaron en gritar que aquello era una calumnia, llamando á las armas á los soldados de *La Olmeda*. Estos quedaron mudos con la horrosa noticia que circuló con la celeridad del relámpago. Miráronse con ese resto de vergüenza y de pudor, que sobrevive aun en los corazones mas degradados.

Además, Du-Val y la milicia ciudadana, llegando á la señal de Felipe, invadieron el salon del ayuntamiento, é intimaban con toda la reunion á Dura-Testa que confundiese á Amalbi con la vista enseñando su espalda. Pero rodeando aquel ya por cien hombres dispuestos á arrebatárle sus vestidos, no tuvo fuerza ni tiempo mas que para batirse en retirada en medio de los mas degradantes clamores.

XI.

LA CAIDA DE LA OLMEDA.

Algunos días bastaron para acabar la obra de Felipe. «La discordia, despues el desaliento, dice el historiador de Francia, se introdujeron en las mismas filas de *La Olmeda*, y la reacción se manifestó, no por completo, sino por conmociones antirevolucionarias. Los sacerdotes y las mugeres mismas se levantaron contra las *bandas del galante*. La juventud bordelesa, dirigida por Amalbi, secundado por Du-Val, derrotó aquellas bandas en diversos encuentros, y colocó una asamblea en la Bolsa, centro del alto comercio. Allí se intimó á los príncipes prohibiesen las reuniones de *La Olmeda*, y trabajasen en la pacificación. Despues, sin aguardar respuesta, Du-Val y sus amigos recorrieron las calles gritando: ¡*Viva el rey y la paz!* y derribaron la bandera roja que tremolaba en todos los campanarios de la ciudad.»

Bien pronto este triunfo llegó á noticia de los ejércitos de Luis XIV como á los ejércitos enemigos. El duque de Candalle se apoderó de una parte de la Guyena derrotando á Marsin, teniente de Condé. El conde de Doignon devolvió al rey á Oleron y Brouage. Vendome y Duquesne entraron triunfantes en la Gironda. Burdeos al fin se halló cercado por todas partes.

En una palabra, Conti, Mad. Longueville, Marsin, Ilmet, trataron con los generales de S. M. Los ciudadanos de Burdeos hicieron otro tanto el 30 de julio de 1653; y los duques de Vendome y de Candalle el 2 de agosto volvieron á tomar posesion en nombre del rey de su buena ciudad de Burdeos.

Aquel mismo día Felipe de Amalbi y Enrique Du-Val, entregaron á la justicia á Guillermo Dura-Testa, á quien habian batido y hecho prisionero la vispera como una bestia feroz en su última guarida.

Poco despues, el gefe de *La Olmeda*, condenado á muerte por tercera vez, fué espuesto ante todo el pueblo con la espalda desnuda con la flor de lis que en ella estaba marcada. Despues lo enrodaron vivo y colgaron su cabeza en uno de los olmos que habian abrigado su poder.

Teresa Broussel, arrancada del lugar del suplicio, don-

de habia seguido, segun su palabra, á su *héroe de corazon, hasta las estremidades del martirio*, fué enviada con su criada Perota por la solicitud de Felipe, su cuñado, á su padre Broussel, consejero en el parlamento.

La Olmeda y la república de la *bandera encarnada* triunfaron diez y ocho meses en Burdeos.

XII.

BENEFICIO LÍQUIDO.

Despues de todas estas luchas y todas estas victorias, un jóven salió de la ciudad y corrió á una quinta de las márgenes del Gironda.

Era Luis Du-Val que iba á reunirse con Angélica, á quien habia dejado gravemente enferma, y que llevaba á Desmarais el doble premio de su valor: primero, una carta de amnistía real para el terrible presidente: segundo, el nombramiento de consejero en el parlamento para su futuro yerno.

Entró Luis en la quinta palpitándole el corazon de inquietud y de esperanza... se estremeció al ver el dolor de los aldeanos, y al divisar á Desmarais, sentado en un rincon, sin vista y sin voz, como un hombre que no está en sí...

—¡Angélica! ¡Mi novia! exclamó Du-Val lanzándose á la puerta de su cuarto.

—¿Qué os trae aquí, amigo mío? preguntó el negociante con un aire estraviado.

El jóven le entregó la carta y el nombramiento, que el anciano recorrió con apagados ojos.

—Pero... Angélica, Angélica! repetía Luis desolado: ¿dónde esta?

Desmarais levantó las manos al cielo y se dejó caer en los brazos de su yerno.

—El rey me perdona, dijo, pero Dios me ha castigado arrebatándome á mi hija!

—¡Muerta! ¿ha muerto? exclamó Du-Val. ¡Oh, es imposible.

Tuvo que creerlo un instante despues, arrodillándose á los pies de la cama donde reposaba Angélica pálida y helada.

No habia podido sobrevivir á los sacudimientos que la habia ocasionado el papel y los peligros de su padre....

A la mañana siguiente, toda la ciudad de Burdeos asistía al entierro de la señorita Desmarais.

Durante este tiempo, el negociante llegado á su casa, encontraba en el salon el contrato de matrimonio interrumpido y la corona de rosas blancas que se habia caído de la frente de su hija el día en que habia abandonado la felicidad por el poder.

Este es el producto líquido que le quedaba de sus cálculos de ambicion. Llevóse aquella corona á su cuarto, en donde acabó sus días en medio de lágrimas.

Tal espacion no bastó todavía para poder borrar el nombre de *azote bordeles*; y los hombres fueron mas severos con él que el mismo Dios.

A pesar de todas las aclaraciones dadas durante dos siglos, el nombre de Desmarais ha quedado siempre rodeado de una leyenda de terror.

Et nunc intelligite et erudimini.

XIII.

TURENA Y CONDÉ.

Al fin abrió los ojos Condé sabiendo la vergonzosa caída de su agente en Burdeos y su propia condenación de muerte por el parlamento de París. Vió el abismo en donde iba á sumergir su honor y su gloria: Turena, además su rival, convertido en su dueño por su fidelidad, acababa de decirle como Dios al Océano: no pasarás de aquí. El vencedor de Retz no conservó su campo sino por amor propio militar. Rechazado del país de Barri hasta Luxemburgo, perdiendo sus fuerzas como Anteo á medida que la bandera roja se arrancaba del suelo nacional, no pudo traer la victoria desde el campo francés al campo español. Fué derrotado delante de Arras, delante de Quesnoy, delante de Valenciennes, delante de Montmeri, y recibió por último el golpe de gracia en el famoso combate de Las Dunas, esa obra maestra de Turena.

Al ver el admirable plan de su adversario y la lentitud tarda de sus aliados presintió Condé su caída definitiva.

—¿Habeis visto alguna vez una batalla? preguntó al joven duque de Glocester.

Mazarino habia reconciliado á Cromwell con Luis XIV.

—Todavía no, respondió el príncipe inglés.

—Pues bien, replicó el héroe de Rocroy, dentro de media hora vereis como somos batidos.

El triunfo de Turena fué en efecto decisivo, á pesar de cuanto hizo Condé como general de los aliados. La mayor parte de sus tenientes fueron hechos prisioneros á su lado, y él mismo no escapó sino con gran trabajo de manos de sus vencedores.

Los inmensos frutos de esta jornada fueron: el matrimonio de Luis XIV con María Teresa de Austria: el tratado de los Pirineos, que devolvió ó añadió cinco provincias á la Francia: la terminación de la obra de Enrique IV y de

Richelieu, y el principio del mas glorioso período de la historia de Francia.

Después de la victoria suprema de Turena y de Mazarino, fué sin duda la carta escrita á éste por Condé: «Cuando yo os haya hablado únicamente una hora, quedareis persuadido de que quiero ser vuestro servidor, y pienso que me habeis de querer mucho.»

El 27 de enero siguiente (1660) Condé hizo su sumisión en Aix. Puso una rodilla en tierra delante del rey, y le pidió perdón de cuanto habia hecho contra su servicio. Después se levantó salvado por el arrepentimiento, regenerado por el deber, y encontrando la victoria en el Franco Condado, en Holanda, en Senef, etc, fué el gran Condé esa magnífica figura del gran siglo de Luis XIV.

Felipe de Amalbi, que habia vuelto á ocupar su sitio en el ejército de Turena, le siguió en todas sus batallas, y murió, como él, arrebatado por una bala de cañón en el campo del honor.

Cárlos de Lorena fué perdonado y recobró su ducado.

Mad. de Longueville disgustada del mundo, pero frondista siempre, y haciendo la oposicion hasta á Dios mismo, se retiró á las austeridades del jansenismo.

En fin, Mazarino, tantas veces arrojado y vuelto á llamar siempre como hombre inevitable volvió definitivamente á París después de dos años de destierro.

El rey salió á su encuentro para recibirle hasta Bourget, lo hizo entrar en su carroza y lo llevó con pompa al Louvre.

El cardenal enseñó á Luis XIV á gobernar el Estado, y murió en paz en su cama, ante la Francia tranquila y próspera, gracias á su habilidad. Primer ministro hasta lo último, y cien veces millonario, jugando con sus sobrinas, sus colegas y sus embajadores, y diciendo por despedida al gran rey al presentarle á Colbert.

—Todo se lo debo á V. M., señor, pero creo que todo se lo pago al darle mi sucesor!...

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL ORGANISTA DE LA ALDEA DE BATZ.

I.

Batz, con sus estanques y sus lagunas, y sus canales y sus salinas blancas, ofrece aun hoy el aspecto de un campo romano olvidado en las regiones de la Bretaña por Julio César. Los únicos monumentos que hay en la aldea de Batz son una capilla de Nuestra Señora del Moral, alhaja antigua cayendo en ruinas á la orilla de la mar, y la iglesia parroquial cuya torre cuadrada de granito, de altura de sesenta metros, sirve de guía y faro á los navegantes para entrar en el Loira.

Posee esta iglesia una riqueza muy rara en las aldeas, un órgano y un organista. El organista es un simple panadero del país, cuya historia seria muy curiosa;

pero hoy vamos á contar á nuestros lectores la de uno de sus predecesores, mucho mas curiosa todavía, y el origen de este órgano, que es una de las mas interesantes páginas que hemos visto en la leyenda de los artistas desconocidos.

II.

Era algun tiempo antes de la gran revolucion. Entren con nosotros nuestros lectores en esa pobre choza cuya imagen les presentamos en el grabado que va en este artículo, que es debido al lápiz de Mr. Fortin, y una de las obras maestras de su pincel. Vigas en relieve, puertas mas cizas, están cubiertas de estera, escabeles de madera: nada falta en el interior de esta casa bretona.

Una anciana hila á la rueca: un muchacho de doce años se desayuna á su lado.... empero; ¿qué catástrofe viene á

turbar su almuerzo? Un perro se adelanta para reclamar su parte, y al mismo tiempo el marrano de la casa sale de su cubil....

¡Ya está la guerra encendida!....

Guerra de ladridos por una parte, de gruñidos por otra, cacofonia de tal modo violenta, que asustado el muchacho cae de espaldas, y la abuela levanta su rueca exclamando con dolor:

—Vamos, ya le ha vuelto á dar el temblor nervioso á mi pobre Juan Luis.

Lo que la vieja llamaba un temblor nervioso era el instinto del genio musical en su nieto Juan Luis Nedellec.

Huérfano, educado por su abuela, robusto, fornido y lleno de inteligencia, había aprendido enteramente solo, el Juan Luis, á leer y escribir. Era desde su infancia el portento y la adoración de la aldea de Batz: ayudaba á misa al señor cura; cantaba en el coro en el facistol con una voz de ángel y dirigía á los monacillos en las funciones de iglesia con una precisión y exactitud increíbles.

En cuanto al oído y la voz eran de una delicadeza y de una susceptibilidad que daba cuidado por su vida. Los mas terribles mugidos del mar, las mas bellas melodías de los pájaros le pasaban y le ponían en éxtasis. Parecía oír aquí abajo los cánticos de los serafines en el cielo, y tenía en el alma un concierto perpétuo que llamaba *sus voces interiores*. Pero si un sonido falso, un grito discordante, un choque inarmónico venía á herir su oído, caía en esas convulsiones extrañas en que acababa de hacerle caer el marrano y perro de la casa.

III.

No sabía su abuela como hacerle volver en sí, cuando le vió de pronto levantarse á un ruido que venía de fuera, sonreírse como un ser que pasa de la muerte á la vida, lanzarse fuera de la cabaña, y desaparecer corriendo.

Era la señorita Isabel de Soursac, una joven castellana de las inmediaciones, que atravesaba la aldea tarareando la *Ifigenia* de Gluk.

Juan Luis no volvió sino al cabo de tres horas, después de haber seguido á pie á la cantante en su coche al trote del tiro de sus caballos hasta la verja de la quinta de Soursac.

A contar desde aquel momento pasó la mitad de sus días en rondar alrededor del castillo, espionando la melodiosa voz que era para él una revelación.

Una mañana tuvo una encantadora sorpresa. En lugar de una voz oyó dos.

La segunda desconocida á Juan Luis era el sonido del clave, con que se acompañaba la señorita Isabel.

Enterada ésta de los pasos del aldeano le hizo entrar en el salón, y tocó delante de él todo cuanto quiso. Nedellec se creyó en el cielo, y volvió á su casa ebrio de alegría. Es preciso decir que la señorita de Soursac tenía una voz admirable, y que era una música completa.

Recibió en lo sucesivo todos los días la visita de Juan Luis, que aprendió de memoria lo que ella le cantaba, y lo repitió en su cabaña á sus vecinos, agolpados á su puerta.

Cuando caía en su convulsión nerviosa, su abuela no tenía ya alarma ni cuidado. Avisaba á la amable castellana,

que venía á cantar al huésped aldeano, como David cantaba al rey Saul.

IV.

Al cabo de algun tiempo, Nedellec, animado dió cinco vueltas á su lengua en la boca, y diez á su sombrero en sus manos, y preguntó á la señorita Isabel, sino tendría algun clave viejo que darle.

La joven no pudo contener una carcajada, ella que siete años había trabajado bajo los mejores maestros para llegar á tocar con método y exactitud.

Sin embargo, se alegró mucho, y llevó á Juan Luis á una bohardilla donde le enseñó y ofreció un clave hecho pedazos.

El aldeano dió un salto de alegría, y se llevó los pedazos del instrumento en una carreta, porque tal era el estado de ruina ó mas bien de fraccionamiento en que se hallaba.

Pues bien, por un esfuerzo de voluntad y de destreza que hubiera hecho honor al mas hábil fabricante, en menos de un mes Juan Luis había reconstruido y recompuesto la melodiosa caja, y estuvo en estado de tocar en ella en su cabaña con admiración general, dando así en la aldea los conciertos que él había oído en el castillo.

Hizo progresos tales que se tenían por un milagro, y que confundían á la señorita de Soursac. Además de los trozos de música que había aprendido y retenido de ella, formaba con el cántico de los pájaros, con los mugidos del mar, con los ruidos de la tierra y del cielo, con todas las armonías de la creación himnos de reconocimiento y de adoración en honor de su *ángel bueno*; así es como él llamaba á la castellana.

Hay que notar que estos trabajos no impedían al joven el trabajar en las minas de sal, y llenar de agua las charcas de donde se saca, porque tal era su estado; y con esto se sostenían él y su abuela.

V.

De este modo llegó Juan Luis, á la edad de diez y ocho años. Un gran pesar vino á turbar entonces su felicidad; pesar que no comunicó á nadie, y que apenas se confiaba á sí mismo.

Anunciaron el matrimonio de la señorita de Soursac con el conde de K.... Le pareció á Nedellec que le arrebataban su parte de paraíso.

Ocho días permaneció sin cantar una nota, y sin tocar en su clave.

A la mañana siguiente de la boda, el señor de Soursac le hizo llamar y le dijo:

—Aquí tienes diez mil libras, que mi hija te entrega sobre su dote para que vayas á París á terminar tu educación, tomar lecciones de hábiles maestros, y ser un grande artista como ella.

Tentado estuvo de rehusarlo Juan Luis. Aquel dinero le abrasaba las manos y le oprimía el corazón. Pero oyó en su imaginación las maravillas que le habían contado de la capital: se vió en la ópera, en la capilla del rey, en los conciertos de Nuestra Señora, etc.: en una palabra

aceptó las diez mil libras; se despidió de su abuela, y tomó el camino de París.

Pasados algunos meses había realizado la predicción de la condesa de K... supo casi tanto como sus maestros mas ilustres; los asombró por la belleza de su canto, por la perfección de su educación, y por la originalidad de sus composiciones.

Lo que sobre todo le entusiasmó en París fueron los magníficos órganos que oyó en las iglesias.

Resolvió dotar su aldea natal de un instrumento semejante, y ganar su valor dando conciertos como sus maestros.

Juzgó llegado entonces el momento de apelar a la bolsa de sus admiradores, é hizo poner carteles con el programa de su primer concierto.

VI.

Ya veía el valor y el precio de lo que iba á costar su órgano entrar moneda por moneda en el despacho de billetes.

Empero juzguen nuestros lectores de su desengaño cuando al llegar á la sala que creía llena se vió delante de una escasa docena de oyentes, de esos aficionados fanáti-



Un perro se adelanta para reclamar su parte, y al mismo tiempo el marrano sale de su cubij...

Pero ¿cómo penetrar en la multitud, conquistar por asalto la fama, y convertirla en monedas de oro y plata?

Siguiendo el consejo de su último profesor se hizo hacer vestidos á la moda; enarboló la corbata de muselina bordada, é hizo poner en forma de peluca su abundante cabellera bretona. El resto de sus diez mil libras se gastó en esta metamorfosis. Despues se miró en un espejo, y se encontró á la altura de sus maestros, salvo que era mucho mejor mozo; tenia su rostro mas franqueza, y un aire de mas inteligencia.

Se presentó en los salones de la corte y de la ciudad, en donde se vió cubierto de aplausos gratuitos.

cos que todo lo quieren oír, lo mejor y lo peor: lo célebre y lo no conocido.

Necesitó Juan Luis toda su firmeza bretona para no caer desmayado.

Felizmente su presencia de espíritu vino en su auxilio. Tomó inmediatamente su partido, y resolvió caer al menos con gracia como el gladiador antiguo.

—Señores, dijo á sus diez oyentes, saludando con una sonrisa, y adelantándose hácia su piano cerrado: os doy gracias por haber correspondido á mi invitacion con un apresuramiento tanto mas honroso para mí, cuanto que ha sido menos participado por el público; pero ni vosotros ni

yo podemos formarnos ilusiones de un concierto. ¡Esto es evidentemente una partida fallida, archifallida! Sin embargo, soy muy feliz en hacer con este motivo vuestro conocimiento para no sacar de él partido. En lugar de cantar y tocar sin inspiración piezas que escucharais sin placer, os propongo reemplazar este instrumento por una mesa, y que me dispenseis el honor de cenar conmigo. Hablaremos de música en lugar de tocarla, y nos separaremos los mejores amigos del mundo.

Pareció desde luego tan extraña esta idea á los interesados, que se miraron estupefactos; pero el artista tenía la palabra y los modales tan francos, su rostro era tan buen rostro de huésped que aguardaba con confianza y cortesía la respuesta, que los aficionados, hombres de talento sobre todo, tomando la cosa por el mejor lado posible, es decir, por el lado divertido, todos á la vez soltaron una carcajada, y aceptaron la cena por aclamación.

Una media hora después, el auditorio y el artista hallábanse reunidos en la mesa alrededor de una esquisita cena improvisada en casa de un fondista vecino.

Era original el tenerse las que haber con originales. La cena fué de las mas divertidas; la conversacion de las mas animadas. Cada cual dijo sus ocurrencias, soltó sus epigramas y contó sus anécdotas. Nedellec contó su propia historia; su infancia atormentada, sus instintos musicales, su encuentro con la señorita de Soursac; su firmeza de voluntad en reconstruir su viejo clave; sus aspiraciones sobre las cosas del arte, su viaje á París, sus emociones en la ópera y en la catedral de Nuestra Señora, su proyecto de dar un órgano á su aldea, etc., etc.

Todo esto fué espuesto con tanto calor, sencillez, elocuencia y poesía, que se verificó una súbita revolución en su auditorio.

En lugar de reír de las escentricidades de su anfitrión, los convidados, hombres de experiencia, se pusieron á contemplarle y á escucharle con interés, con asombro, con admiración.

Dijéronse como conocedores, que bien podían tener ante sus ojos, no un bohemio del arte, divertido y fantástico, sino un verdadero y serio artista, un genio desconocido por la indolencia pública.

Con una sola voz conjuraron á Nedellec á que se pusiese al clave, y les tocó y les cantó sus composiciones. Obedecióle el artista inspirado, y pasó en revista su repertorio, desde sus ensayos de niño hasta sus obras maestras de la víspera.

Pareció, y realmente estuvo tan sublime y tan inspirado, que no se podía pedir mas. Tocaba y cantaba hacia dos horas, y embriagado de placer el auditorio, exclamaba:

—¡Mas, mas!

Terminó la sesión al amanecer, cuando Juan Luis cayó rendido y estenuado sobre el piano.

VII.

A la mañana siguiente los diez aficionados, cuya opinión formaba la ley, entusiasmaban á París contando sus aventuras.

La misma mañana Nedellec era el grande hombre del día: volaba de boca en boca su historia y su fama; todo el mundo quería oírle y aplaudirle.

Anunció un segundo concierto. Peleábanse á las puertas por tener billetes. Tuvo un suceso loco, y se embolsó mil doscientas libras. A los siguientes conciertos dobló el precio de las localidades, y fué llevado en triunfo á su casa. Finalmente, en algunas semanas ganó dos veces el valor de su órgano: en algunos meses había hecho su fortuna; y harto de gloria, y padeciendo ya el mal del país, el breton volvió á su aldea y á la aldea de Soursac, llevando con que poder vivir desahogadamente su abuela, y un órgano digno de una catedral á la iglesia de Batz.

Largo tiempo después Nedellec habitaba todavía la cabaña de sus abuelos, donde su único lujo era una célebre biblioteca musical y un buen piano, al que acompañaba sin escluirlo el viejo instrumento del castillo.

Vuelto á ser minero de sal, sin dejar de ser artista, el organista de la aldea de Batz (este era su título mas querido), había vuelto también á tomar los calzones anchos, los chalecos bordados, el sombrero de ala ancha y los trabajos de su infancia.

Sus horas de distracción eran las que consagraba por la noche á la música, y el domingo al órgano de la iglesia natal.

Sus días de felicidad eran los que pasaba en recibir en su casita, ó en visitar en la quinta de Soursac á la señorita Isabel, su ángel bueno, hoy señora condesa de K.... siempre música consumada, y madre de tres lindos niños á quien Juan Luis enseñaba el solfeo.

Éra la familia del artista aldeano, que jamás había querido casarse, y que cuando le preguntaban el por qué respondía mirando á la joven condesa:

—Cuando se ha entrevisto el cielo, no se encuentra ya nada hermoso en la tierra:

VIII.

Mientras tanto estalló la revolución de 1789. El terror de 1793 la siguió, y penetró hasta en la aldea humilde y desconocida de Bretaña. Señalados por todas sus virtudes al odio de los sansculotes, los Soursacs permanecieron sospechosos y proscritos en su quinta.

Una tarde la condesa cantaba al piano el famoso romance de Gretry:

¡Oh Ricardo, mi rey,
Te abandona el universo! etc.

Fué oída por un jacobino que se había comido sus bienes y deseaba los de la castellana. La denunció al día siguiente al comité de Guerande, como cantando las desgracias de Luis XVI é invocando la tiranía.

Diez días después la propiedad de Soursac se hallaba secuestrada, y una banda de hermanos y de amigos la sitiaba con gritos de muerte.

Habiendo amenazado el conde á uno de los que le asaltaban con sus pistolas, toda la familia iba á ser asesinada, cuando un inesperado rumor detuvo á los asesinos.

Era el aire de la *Marsellesa*, cantado en el salón de la quinta al piano de un modo admirable, y sostenido por un trueno de notas patrióticas.

—¡Hay algun republicano en casa de estos aristócratas? exclamó el jefe de los jacobinos, simple fanático, hombre de buen corazón en el fondo.

Y al penetrar en el salón encontró á Nedellec, cubierto con el gorro colorado y repitiendo con entusiasmo:

¡A las armas, volad, ciudadanos;
De la patria formad batallones,
De tiranos con la sangre impura
Regaremos las patrias regiones!

La voz era tan inspirada, el gesto tan sublime, que el gefe y los bandidos permanecieron estáticos delante del cantor.

Un corto diálogo mezclado de nuevas coplas:

Soldados, la patria
Nos llama á vencer, etc.

probó al honrado terrorista que los que tenían á semejanza artista por amigo eran los mejores patriotas de Francia; que Isabel aplicaba el aire de Ricardo á Danton, y que las amenazas del conde eran revelaciones de un ciudadano desconocido.

El diploma de civismo fué conquistado en fin por un irresistible desfile de todos los cantos del día. Cantó el *Ça ira*, la *Caramagnola*, *Madama Veto*, etc., etc., que el organista felizmente sabía de memoria. (Era cuanto sabía de las cosas de la república.)

Tan bien se manejó que la banda entera abrazó á Nedellec, y juntos se fueron á la bodega á ahogarse en el vino de Soursac, en lugar de bañarse en su sangre.

Así pagó Juan Luis á Isabel, salvándola á ella y á su familia por una intrépida comedia de su talento, los servicios que le había prestado en su niñez.

IX.

Algunos meses mas tarde le tocó á su vez salvar la iglesia de Batz.

Celosos economistas idearon hacer de ella una cuadra, y juzgaron á propósito saquearla para aprovecharse de su nuevo destino.

Concíbese el dolor de Juan Luis, ya privado de las ceremonias religiosas y reducido á tocar solo el órgano en el templo desierto.

Recordóse lo bien que le había salido el espediente empleado en la quinta de Soursac, y cuando los vándalos trajeron sus antorchas bajo el órgano armonioso, retrocedieron de sorpresa al ruido del *canto de partida*, lanzado por una voz que parecía venir del cielo, y acompañado con todos los rayos del instrumento.

La patria nos llama
Sepamos morir,

Sepamos vencer,
Firmes en la lid.

Morir por la patria
¡Cuán dulce es morir!
Vivir en cadenas
¡Cuán triste es vivir!

Era Juan Luis que ganaba un segundo certificado de civismo..... A la primer copla se bajaron las antorchas y á la segunda se apagaron: á la tercera los bandidos respondieron en coro al artista: á la cuarta se decidió que el órgano quedaría..... en la cuadra.

La iglesia no se había salvado del sacrilegio, pero el instrumento escapaba al incendio.

El día hermoso para Nedellec, ué aquel en que volvió á seguir sus cantos al órgano en la iglesia vuelta á abrir al culto por el concordato celebrado entre Pio VII y Napoleon Bonaparte y delante del altar adornado de flores y embalsamado de incienso, en medio de todos los habitantes de Batz, y á su cabeza los Soursacs y la condesa Isabel, á quien el 9 thermidor había devuelto sus bienes.

X.

¿Semejante felicidad era superior á las fuerzas de Juan Luis? Lo cierto es que cayó al día siguiente gravemente enfermo.

Una noche de la semana siguiente desapareció de su cabaña. Oyóse hasta la mañana como un concierto celestial en la iglesia y cuando cesó á la aurora, se encontró á Nedellec muerto con los dedos puestos en el teclado de su órgano.

Su testamento consagraba su pequeña fortuna á la conservación del instrumento en tanto que durase, y á su renovación cuando se hubiese gastado.

Por eso la aldea de Batz posee todavía un órgano magnífico y un organista.

Hemos dicho al principiar este artículo que el organista era un panadero de la aldea, que sin tener el talento de su predecesor, no por eso deja de ser un artista sencillo é inspirado.

Esta historia no es una novela de invención. La hemos oído referir en nuestros viajes al mismo párroco de Batz. Y aun cuando en París pasó como un relámpago musical, todavía vive el recuerdo de Nedellec entre los antiguos aficionados.

Su triunfo de un día se halla consignado en los periódicos de la época y en algunas memorias, notablemente en las de la marquesa de Crequi.

ESTUDIOS ARTISTICOS.

— NUEVA IGLESIA DE SAN EUGENIO EN PARÍS.

Acaba de levantarse en París una nueva iglesia dedicada á San Eugenio, sin duda en obsequio del nombre que

lleva la emperatriz de los franceses, esa linda española que Napoleon III ha llamado á compartir el trono imperial de la Francia. Esta iglesia ha excitado el mas vivo interés con respecto á la religion, y con respecto al arte.

El nombre de Eugenio es glorioso en los fastos del cristianismo; ha sido llevado por un gran número de aque-

llos bienaventurados mártires y confesores que, regenerando el antiguo mundo continuaron la obra de los apóstoles é hicieron prevalecer, á costa de su sangre, la fé vivificadora del Evangelio, sobre las tradiciones del paganismo. San Eugenio fué uno de los sacerdotes que el papa

cialias orientales del imperio romano la que oponía al celo de los predicadores de la fé cristiana mas obstáculos y dificultades. El discípulo de Fabiano triunfó de ellos, y uno de los centros mas antiguos de la cristiandad española, fué la iglesia ilustre de Toledo, que hoy le venera como su



Vista exterior de la iglesia de San Eugenio, nuevamente construida en París.

Fabiano destinó especialmente, como de los mas instruidos y celosos, para los rudos trabajos del apostolado, siendo enviado á la España donde algunos de los miembros de su familia habian ejercido altos empleos. La España, despues toda cristiana y católica, era entonces de todas las provin-

fundador. Despues Eugenio volvió á Roma, y de allí pasó á las Galias, donde con otros santos apóstoles, dió su vida por la fé de Jesucristo. Allí quedó el cuerpo del santo mártir, hasta que siglos despues fué descubierto y trasladado á España en tiempo del rey Felipe II. Este gran rey

en 1565, llevó el mismo sobre sus hombros con grande pompa la caja que contenía el cuerpo del santo mártir á la iglesia catedral de Toledo.

San Eugenio, pues, pertenece á Toledo y á París; á Toledo porque fué su primer pastor y arzobispo; á París porque en sus inmediaciones derramó su sangre por Je-

París, cuya población se ha aumentado considerablemente, ha levantado capillas provisionales, porque el ayuntamiento, falto de fondos, había declarado que á causa de los gastos considerables que había tenido que hacer, no podía contribuir antes de diez años á la construcción de nuevas iglesias, dejando así á cargo de las fábricas de



Vista interior de la iglesia de San Eugenio, nuevamente construida en París.

sucristo. Venerado en Toledo, su primera patria apostólica, debía serlo de una manera particular en la patria del mártir, en una época en que por uno de esos grandes arcanos de la Providencia ha venido á sentarse sobre el trono imperial una linda jóven nacida en España, y lejos del trono.

SEGUNDA SERIE.—1856.

las iglesias y generosidad de los fieles, los gastos de la primera instalación. Los habitantes del barrio Poissoniere contando con subvenir á una de sus necesidades, y al mismo tiempo hacer un acto galante á su emperatriz, determinaron la construcción de una nueva iglesia. Encargaron

AÑO XIV. 33.

su direccion á Mr. Boileau, y concibieron su programa en estos términos.

«Construir una iglesia al estilo del fin del siglo XIII; pero empleando la fundicion y el hierro para reemplazar los pilares y los nervios de piedra.»

Difícil era el interpretar este programa; sin embargo, siguiéndole, ha levantado Mr. Boileau un notable monumento; empero si la fachada principal está construida de piedra y amoldada al estilo del siglo XIII, en el interior el arquitecto ha empleado con mucha oportunidad y juiciosamente la fundicion y el hierro, dándole un aspecto original muy notable; es una innovacion preferible á una imitacion servil de una época de que tan distantes estamos bajo todos aspectos.

La longitud total de la iglesia es de 50 metros sobre 25 de ancho interiormente, diez para las dos naves grandes, y el resto dividido en dos naves laterales de 5 metros.

Las paredes de San Eugenio son únicamente de fábrica; las grandes columnas de la nave son de hierro fundido, de 30 centímetros de ancho y 2 centímetros de espesor: los arcos de las galerías, las guarniciones de las cincuenta y cuatro ventanas y las claraboyas son igualmente fundidas; las bóvedas están cubiertas de hierro, y los nervios que sostienen el techo son tambien de hierro.

Compréndese fácilmente que el uso y empleo de estos arcos de hierro de fundicion, aunque tengan la forma ojival adoptada en el siglo XIII, producen un conjunto diferente del de los monumentos de aquella época. Este nuevo modo de construir, no solo mejora el exterior del edificio, sino que ha dado á su interior un aspecto enteramente nuevo y tambien ventajosísimo bajo el doble aspecto de la óptica y de la acústica. No solamente lo exiguo y delgado de las columnas permite á la vista abarcar todas las partes de la nave y todos los detalles de la decoracion, sino que al mismo tiempo permite al oído recoger de todos los puntos del espacio la palabra del predicador, y hasta la disposicion de las bóvedas hace resonar

las notas del órgano y la voz humana de una manera verdaderamente extraordinaria.

En cuanto al efecto artístico, las esbeltas columnas fundidas de la nave y su pintura de azul de acero y de bronce de Florencia que coronan los nervios revestidos enteros con colores, dan una luz misteriosa que entra por los hermosos vidrios pintados de la nave principal y accesorias. Las vidrieras de detrás del altar mayor, menos sombrías que las otras, parecen iluminar toda la iglesia, y parecen espresar ese bello pensamiento de que la luz debe venir del santuario, dan á lo interior de la nueva iglesia un aspecto religioso bien caracterizado.

Los dos grabados que damos á nuestros lectores harán comprender mejor que nuestra descripcion, la importancia de esta iglesia y de la economía con que ha sido ejecutada.

La esplicacion de la gran economía con que el mismo arquitecto Boileau, ha levantado á San Eugenio es fácil de dar: la masa de materiales, la cantidad de piedra interior ha sido disminuida; pero las bóvedas son en mayor número que en una construccion gótica ordinaria. Son mas permanentes en sus formas por los arcos de hierro colocados en las puntas, que soportan la mas grande carga, son mas elegantes y mas esbeltos en su figura que los arcos de piedra. Ha sido así preciso considerar los arranques como recibiéndolos en posicion vertical mucho mas que lo permiten los edificios de piedra. En fin la enorme masa de hierro carga muy poco las bóvedas. En esta construccion se ha podido, sin comprometer la solidez, suprimir todo el aparato de contrafuertes y de arcos interiores y reducir el espesor de las paredes. La construccion de la nueva iglesia de San Eugenio es un monumento propio de la época presente, es una innovacion en la arquitectura y uno de los muchos obsequios que la Francia imperial tributa á nuestra linda compatriota, la emperatriz Eugenia, destinada por el cielo, segun parece, á perpetuar en Francia la dinastia Napoleónica.

J. M. Y G.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

LA ROSA MISTERIOSA.

(CUENTO ORIENTAL.)

Estaban en el harem de Ispahan las sultanas favoritas del Scha-Abas, y una de ellas hablando con sus compañeras ostentaba en la mano una hermosa rosa encarnada de cien hojas que pocos momentos antes la habia regalado el sultan. Habíala traído el sultan de una de las expediciones que solia hacer de incógnito por la ciudad, y en el día en que habia cogido aquella flor en una apartada casa de campo habia conocido los negocios de su imperio y habia puesto orden en ellos, por lo que al dársela á la sultana favorita le habia dicho que aquella era una alhaja mas preciada para él que los mas ricos brillantes de Gollonda, porque en aquella rosa se encerraba un misterio.

La sultana contaba pues, á sus compañeras y esclavas sentadas en mullidos almohadones de su suntuoso cuarto la historia de la rosa misteriosa.

Scha-Abas, fatigado de la uniformidad de los placeres de su corte, cansado de oír decir todos los días que era grande y el único de los reyes de la tierra que merecia ser condecorado con este imponente título, quiso juzgar al fin por sí mismo si la voz del pueblo confirmaria la de sus cortesanos. Un día que la corte se habia reunido en el palacio del gran visir para deliberar á su modo sobre la manera de persuadir al pueblo que era el pueblo mas feliz de la tierra, porque un ciudadano de Ispahan no pagaba mas que diez tomines de imposicion, mientras que un armenio pagaba quince, el sofí á quien creian ocupado en frívolos placeres salió del palacio despojado de sus adornos, que no son ordinariamente mas que la única superioridad con que el grande domina al esclavo que le sir-